

mismos que se los acababan de dar, se echó mano al bolsillo, diciendo:

—*¡O demo us leve!... Tomalos, tomalos, que á declaración inda no está posta* (1).

Los asaltantes, que en efecto no eran otros que los Bouzas, que habían salido detrás de don Rosendo, y por el atajo de la orilla del río se le habían adelantado, al comprender por las últimas palabras del cirujano que éste les conocía, echaron á correr monte abajo sin recatarse, dejando en paz á don Rosendo, que poco después llegaba á Puenteareas con sus treinta duros y los guardaba muy contento con otros frutos de otras infamias.

(1) ¡El demonio os lleve! Tomadlos, tomadlos, que la declaración todavía no está puesta.

## EL MILAGRO AL REVÉS

—Buenos días, señorito—me dijo el peatón al llegar á los espinos de Piedras del Agua, donde le estaba yo esperando sentado á la sombra.

—¡Hola, Juan! buenos días,—le contesté.

—Ya estamos acá,—continuó diciendo mientras forcejeaba por sacar unos papeles del bolso de la chaqueta.

—Que sea enhorabuena, hombre,—le dije yo alargando la mano para cogerle el correo.

—¡Calla! ¿Pues quién le dijo á usted que yo me había acomodado?—me preguntó muy sorprendido.

—¡Ah! ¿Te has acomodado?—le pregunté yo á él con igual sorpresa.

—¡Ah!... ¿Usted no lo sabía?... Como me dijo usted «que sea enhorabuena», creí que sabía usted que me había casado el miércoles.



—No sabía nada. Te dije «que sea enhorabuena», porque tú dijiste «ya estamos acá»; quise decirte que vinieras enhorabuena; mas ahora que sé que te has casado, te doy la enhorabuena formalmente.

—Muchas gracias, señorito.

—¡Vaya, hombre!... Aunque no sea más que por el valor de reincidir... porque me parece que eras viudo. ¿Verdad?

—Sí, señor, sí: viudo estaba hacía ya dos años; y como la otra vez no le había ido á uno del todo mal y parecía que así solo no se hallaba uno, dije para mí: ¿qué podrá ser que no sea?... Vamos allá otra vez á ver cómo pinta.

—Bien hecho, hombre, bien hecho... ¿Y con quién te has casado?

—Allí con una moza que usted no la conocerá regularmente, hija de un vecino que le llaman el tío José Madruga.

—¡Hombre, buen apellido!

—No, señor, no es apellido: se lo llaman de muete.

—Lo mismo da; para el caso viene á ser lo mismo, y mejor, si un poco me apuras; porque siendo apellido, habría sido mote de sus antepasados y denotaría que éstos eran madrugadores; pero siendo mote no heredado, sino personal, da á entender que él es el que madruga; y ya sabes lo que dice el refrán: que al que madruga Dios le ayuda...

Y claro que, madrugando el padre, también madrugara la hija, ¿eh?

—Pues no crea usted que es descuidada, no; que otras habrá menos despiertas... Quiere decirse que tampoco es ya ninguna niña; porque como yo también voy siendo ya entrado, me dije, digo: ¿cómo me voy á casar ahora con una rapaza?... Y la busqué ya talludica.

—Bueno, hombre, bueno; pues que sea para servir á Dios y por muchos años.

—Usted los vea, señorito; y se agradece el buen deseo... Que no crea usted que todos le dicen á uno lo mismo... porque nunca faltan malos quereres y envidias, y uno y otro...; y como quiera que la chica tiene buena hijuela para el día de mañana que mueran sus padres, no ha faltado en el pueblo quien decir: «¡Mira quién se la ha ido á llevar!...» Porque además, la muchacha es espabilada y buena por todos conceptos; y si no se había casado, primero era porque, vamos, como guapa, no es guapa, que todo se ha de decir; y además el tío José Madruga tampoco era rico hasta el año pasado que heredó á una tía suya que murió sin descendencia... Pero, lo demás, ella lista es muy lista... como que por parte de madre es nieta del tío *Fonsín* que en paz descansa, á quien usted, aunque no le conociera, acaso le habrá oído nombrar...



—No diré...

—Pues parece mentira, porque era muy nombrado y era... vamos, un hombre muy *celebre* y muy listo... que sentía crecer la hierba... Todavía me acuerdo yo algo de él; pero además he oído contar unas cosas más graciosas, que, vamos, lo mismo que de imprenta...

—¡Hombre, hombre! Cuéntame alguna de esas cosas graciosas que has oído tú contar del tío Fonsín...

—¿No ha oído usted contar lo que le pasó una vez con el señor cura?

—No; pero lo oiré ahora. Siéntate un poco aquí, en el antepecho del puente, y cuéntamelo.

—¡Colle! Es que para contarlo bien es muy largo, y como llevo la correspondencia del Ayuntamiento, si me entretengo tanto por el camino dirán que...

—No hagas caso, Juan... ¿Crees que los otros correos andan más de prisa y con más puntualidad que tú?... Pues no lo creas. Todos van así al símil. Con que siéntate y cuéntame esas cosas del tío Fonsín que son lo mismo que de imprenta.

—Pues verá usted—continuó Juan, sentándose perezosamente:—el tío Fonsín era un hombre chiquitico, pero listo como un pensamiento... Me acuerdo que tenía una perrica negra muy gafa, y como teníamos

que pasar por delante de su casa para ir á la escuela, siempre nos ladraba, y nosotros la tirábamos piedras, y salía el tío Fonsín tras de nosotros llamándonos picarucos, bribonzucos, libertadines, y diciendo que no teníamos vergüenza ni quien nos la pusiera... Y una vez por ir corriendo tras de nosotros muy furioso, se le rompió una madreña en medio de la calle, y tuvo que volver para casa á pata cojina después de haber cogido unas buenas chapinadas de barro...

—¿Y qué fué lo que pasó con el señor cura?...

—Ahora voy: verá usted... Yo no sé si usted conoció al señor cura viejo de mi lugar, al *entrecesor* de éste que tenemos ahora... y Dios nos le conserve... porque no agraviando á nadie, es muy buen señor... También el otro era bueno, también... ¿Le conoció usted?...

—No, no le conocí; pero es lo mismo: sigue.

—Pues era un señor alto, moreno, de nariz aguileña, con el pelo blanco, blanco del todo, y muy bueno, como le he dicho á usted, muy limosnero y muy campechano... Y si se ponía á *pedricar*, no crea usted que había quien le echara el pie *alante*... Porque decían que era un señor muy estudiao; pero se le pasaban algo las cosas.



Y una vez, un domingo, diz que se puso á *pedricar*, explicando el Evangelio del día, que hablaba de la multiplicación de los panes y los peces, vamos, del milagro que hizo Nuestro Señor en el monte, cuando había mucha gente sin comer, y... yo no sé él cómo lo contaba... Usted sabrá cómo fué...

—Sí, hombre: que una gran multitud había seguido al Señor á un despoblado por oír su doctrina, y cuando se iba haciendo tarde, los apóstoles le dijeron que mandara marchar á todas aquellas gentes para que se fueran á los pueblos donde pudieran hallar de comer. El Señor les dijo que les dieran ellos de comer allí, contestándole los apóstoles que no había más que cinco panes y dos peces, y que aquello no era nada para tan gran muchedumbre. Pero el Señor les mandó que le trajeran los cinco panes y los dos peces, y bendiciéndolos los multiplicó, de tal manera, que todos los presentes, que eran más de cinco mil personas, comieron cuanto quisieron, y todavía sobraron doce canastas de rebojos.

—Eso, eso... Y creo que estaba allí muy cerca el tío Fonsín, que siempre se iba á la capilla mayor y se solía sentar en un banco que había mismamente junto á la escalera del púlpito, enfrente de la puerta de la Sacristía. Porque, como de rapaz había andado al estudio y entendía algo de latín, era muy

aficionado á hacer de sacristán; y ya se sabía, en cuanto faltaba un día el mayordomo, el tío Fonsín sacaba la cruz en el *Asperges*, y en la procesión si la había; el tío Fonsín encendía las velas; el tío Fonsín las apagaba; de modo y manera que casi venía á ser mayordomo perpetuo... Y como le digo á usted, estaba *pedricando* el señor cura sobre la multiplicación milagrosa de los panes y los peces, y empezó á ponderar mucho el poder de Nuestro Señor Jesucristo, que había hecho un milagro tan grande; y como se le solían pasar las cosas, con el calor con que estaba hablando cambió las especies ó los números, diciendo:

—¿Quién vió jamás una maravilla como ésta? ¿Quién imaginó siquiera prodigio semejante? ¿Quién obró milagro tan estupendo como el que hizo aquel día Nuestro Señor Jesucristo, que con *cinco mil* panes y *dos mil* peces dió de comer cuanto quisieron á *cinco* personas?

—Eso también lo hacía yo,—diz que dijo por lo bajo el tío Fonsín, que, como he dicho á usted, estaba allí cerca.

Pero no lo dijo tan bajo que no lo oyera el señor cura, el cual advirtió entonces la equivocación que había padecido, si bien suponiendo que los feligreses la habrían salvado mentalmente en el acto, por tener ya de antemano conocimiento del hecho



milagroso, no se detuvo á deshacerla, y siguió adelante con sus reflexiones.

Y así quedó la cosa aquel día. Pero el señor cura estaba algo resentido de la ocurrencia del tío Fonsín, porque temía que como la había oído él, la hubieran oído también algunas otras personas; y porque, de todos modos, era una irreverencia y una falta de respeto á él y al sagrado lugar en que estaban, y se conoce que debió de decir entre sí: «para el año que viene te espero».

Y efectivamente, se la tuvo guardada.

Pero al año siguiente sucedió que en aquel domingo, que creo que es el cuarto de la Cuaresma, no pudo *pedricar* el señor cura en misa por tener que doblar en Villavieja, que está allí cerca, como usted sabe, y el señor cura de allí estaba enfermo; y teniendo el nuestro que ir á decir allí misa, le pareció que si *pedricaba* como de costumbre en su parroquia, les iba á hacer esperar demasiado á los de la otra; pues era muy mirado para estas cosas, y más quería molestarle él que molestar á los feligreses en lo más mínimo...

Pero por la tarde, á la entrada del rosario, solía preguntar la doctrina á los rapaces, dando tiempo á que fuera llegando toda la gente, y aquel día se entretuvo algo más, y dijo que iba á explicar el Evangelio, ya que no lo había podido hacer por la ma-

ñana, por tener que ir á decir misa á Villavieja oscura.

Y volvió á hacer la explicación del milagro de los panes y los peces, teniendo cuidado de decirlo todo bien. Contó el caso lo mismo que lo dice el Evangelio, y habló de la caridad que le movió al Señor á dar de comer á los que habían acudido á oírle, tomando de allí ocasión de recomendar mucho á los feligreses la caridad para con los prójimos, especialmente para con los pobres necesitados, pues por socorrerlos había hecho el Señor una obra tan maravillosa... Y habló también de la rudeza de los discípulos, que aunque habían presenciado ya otros milagros, todavía no creían posible dar de comer á tanta muchedumbre en aquel despoblado.

Y pareciéndole aquella buena ocasión para abatir la soberbia del tío Fonsín y reprehender su irreverencia del año anterior, hizo las mismas reflexiones sobre la grandeza del poder de Jesús, que con solos cinco panes y dos peces había dado de comer á más de cinco mil personas. Y dirigiéndose entonces á aquel tío, que, como todos, le estaba escuchando, le dijo con mucho retintín...:

—¿Y esto lo haría usted también, tío Fonsó?

—Sí, señor, sí: también lo hacía,—contestó el tío Fonsín tan campante.



—¡Hombre!—le replicó el señor cura muy incomodado.—Me pasma la osadía... ¡Vaya una audacia! ¿Con que usted sería capaz de hacer lo mismo que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, Rey de Cielos y tierra, que crió de la nada todas las cosas?... ¡Está bien! Eso no lo debe usted decir ni en broma, porque es una falta de respeto á su párroco, y además no se debe hablar en broma tratándose de cosas santas.

—No, señor; es que no lo digo en broma, que lo digo de veras.

—¿Pero está usted loco? ¡Lo dice usted de veras!... ¿Con que para usted es cosa fácil de repetir la obra maravillosa que sólo pudo hacerse por la Divina Omnipotencia? ¿Con que usted con cinco panes y dos peces daría de comer á cinco mil personas todo cuanto quisieran?...

—Pues sí, señor—insistió el tío Fonsín:—lo haría muy fácilmente... con las sobras del año pasado...

—Es verdad...—dijo sonriéndose dulcemente el señor cura, que en un momento había dominado su enojo,—es verdad. Porque no habiendo dado de comer el año pasado más que á cinco personas con cinco mil panes y dos mil peces, tuvo que haber sobrado muchísimo.

—¿Verdá usted que tiene chiste la cosa? —me dijo Juan al concluir su cuento.

—El público lo dirá—le contesté.—Porque lo voy á dar á la imprenta.

—¡Ay que colle!... Entonces para eso andaba usted ahí escribiendo con lápiz, en la orilla de ese periódico...

—Para eso.